

patrióticos, y representaban obras teatrales sobre las victorias del pasado. En los museos, las obras más vistosas evocaban los temas de la guerra, y exaltaban el valor y el sacrificio. En las fiestas culturales, las hermosas doncellas que tocaban el laúd de 16 cuerdas cantaban aires plañideros en memoria de los muertos en combate. La novela y la poesía, que los vietnamitas cultivan con un cierto fervor sagrado, estaban alimentadas desde hace muchos años por la experiencia personal de la guerra. Sin

embargo, lo que me causaba más asombro en los vietnamitas, era su absoluta falta de dramatismo."

Para que este párrafo se entienda, donde dice "los vietnamitas" hay que entender: los vietnamitas importantes, no los que se están ahogando. La voz que se escucha, el punto de vista que se presenta es el oficial. Por eso el estilo es heroico, de realismo socialista, no de realismo mágico, como en otros textos de García Márquez, donde la realidad es incontrolable, porque está senti-

da desde el punto de vista de los desesperados, de los oprimidos, de los náufragos, de los que viven una pesadilla superior a sus fuerzas.

El dramatismo estaba en otra parte: no en las condiciones turísticas necesarias para llevar de viaje a la familia; no en las vistas a Palacio, donde el Primer Ministro muestra su "lucidez apacible"; no en las fiestas donde las hermosas doncellas tocan el laúd.

## Afganistán, Corea y Natalia Trotsky

Las profesiones de fe democrática de los partidos comunistas son acogidas casi siempre con justificada desconfianza. Es difícil confiar en aquellos que, sucesivamente y sin contradicción, han sido creyentes en Stalin, Kruschov y Brejnev, que han adorado a Tito, Mao y Pol Pot para después maldecirlos, etcétera. ¿Cómo no ver en su repentino descubrimiento de las virtudes del pluralismo y la democracia un nuevo viraje dictado por las circunstancias y justificado por esa alcahueta que han convertido a la santa dialéctica? Los partidos comunistas —entre ellos el de México— deben dar pruebas de que su nueva vocación democrática no es maniobra como las de antaño. Una de esas pruebas se refiere a sus relaciones con la URSS. Para que los partidos comunistas recobren la credibilidad deben, como ya lo han hecho los de Italia y España, guardar sus distancias con Moscú. ¿Para qué y por qué atar su política a la de un país como la URSS, que no sólo no es socialista sino que es una potencia imperialista y agresiva? Las recientes declaraciones del Partido Comunista de México condenando la invasión de Afganistán son un paso hacia la verdadera democracia.

Contrasta la actitud de los comunistas mexicanos con la de los trotskistas, que han apoyado y justificado la acción rusa en Afganistán. Su razonamiento repite los argumentos de Trotsky al final de la década de los 30 y especialmente su defensa del ataque de Stalin contra Finlandia. (Cf. *Defense du marxisme*, 1976, colección de artículos pu-

blicados entre 1937 y 1940.) Para Trotsky la URSS era un Estado obrero degenerado, es decir, un régimen en transición hacia el socialismo aunque gravemente enfermo (degenerado) por la infección de la burocracia stalinista. Así, representaba una fase histórica superior a la de los países capitalistas. (El razonamiento de Trotsky, diremos de paso, era de un simplismo y un amoralismo asombrosos: los crímenes del gobierno ruso, como los de los demiurgos de la mitología, cambiaban de coloración moral por el sólo hecho de ser actos de un supuesto Estado obrero.) Es



explicable que en 1940 todavía Trotsky se haya aferrado, no sin dudas, a la definición de la URSS como un Estado obrero. ¿Habría afirmado lo mismo cuarenta años después? Su viuda, Natalia Sedova, no esperó tantos años para descubrir la verdadera naturaleza del Estado soviético. En 1951, ante la guerra de Corea, un caso muchísimo menos claro que el de Afganistán, en su carta de renuncia a la IV Internacional, se atrevió a decir lo que ahora se ha vuelto un lugar común: que la URSS no sólo no es un Estado obrero en tránsito hacia el socialismo sino que es un régimen burocrático opresor de los obreros.

A continuación reproducimos la carta que en junio de 1951 envió Natalia Trotsky a los dirigentes de la IV Internacional y que fue publicada en el *Quatrième Internationale*, No. 57, Mayo-Julio 1951:

Camaradas:

Ustedes saben muy bien que yo estaba políticamente en desacuerdo con ustedes desde hace 5 o 6 años, desde el fin de la guerra e inclusive desde antes. La posición que han adoptado respecto de los importantes sucesos de los últimos tiempos me demuestra que en vez de corregir sus errores, persisten en ellos e incluso los ahondan. Dado el camino que ustedes han tomado, y el punto a que han llegado, ya no me es posible guardar silencio ni limitarme a protestas privadas. Ahora, considero mi deber expresar públicamente mis opiniones.

Me siento en la obligación de dar un paso grave y, para mí, difícil, y no puedo menos de lamentarlo sinceramente. Pero no me queda otro remedio. Luego de mucho reflexionar y titubear acerca de un problema que me ha afligido profundamente, concluyo que debo decir a ustedes que no vao ante mí otro camino que el de manifestar abiertamente que nuestros desacuerdos no me permiten seguir en sus filas.

Las razones de esta decisión más las conoce la mayoría entre ustedes. Si las repito aquí es para que las conozcan quienes las ignoran, limitándome, sin embargo, a nuestras diferencias en lo esencial y no a las divergencias con-

xas con éstas o que se desprenden de ellas, y que tienen qué ver con cuestiones de política cotidiana.

Obsesionados por fórmulas envejecidas y superadas, ustedes siguen considerando el Estado stalinista como un Estado obrero. Yo no puedo ni quiero seguirles en este punto. Desde el principio de la lucha contra la burocracia usurpadora, Leon Davidovitch Trotsky repitió prácticamente cada año que el régimen se desplazaba hacia la derecha, en las condiciones de retardo de la revolución mundial y de la toma de todas las posiciones políticas en Rusia por parte de la burocracia. Una y otra vez, subrayó que la consolidación del stalinismo en Rusia conducía hacia un deterioro de las posiciones económicas y sociales de la clase obrera, y al triunfo de una aristocracia tiránica y privilegiada. Se esta tendencia continúa, decía él, la revolución se agotará y el capitalismo será restaurado. Por desdicha, esto es lo que ha sucedido, si bien en formas nuevas e insólitas. Casi no hay país en el mundo donde las ideas y los auténticos defensores del socialismo sean perseguidos de manera tan bárbara. Debería ser claro para todos que la revolución ha sido completamente destruida por el stalinismo. Y sin embargo, ustedes siguen repitiendo que, bajo este régimen inaudito, Rusia es todavía un Estado obrero. Yo considero esto como un golpe al socialismo. El stalinismo y el Estado stalinista no tienen absolutamente nada en común ni con un Estado obrero ni con el socialismo. Son los más peligrosos enemigos del socialismo y de la clase obrera.

Ustedes consideran hoy que los Estados de la Europa oriental sobre los cuales el stalinismo ha establecido su dominio durante la guerra y después de ella son, igualmente, Estados obreros. Esto equivale a decir que el stalinismo ha desempeñado un papel socialista revolucionario. Yo no puedo ni quiero seguirles en esto. Después de la guerra, e incluso antes de que terminara ésta, hubo un movimiento revolucionario ascendente de las masas en dichos países. Pero no fueron las masas las que se adueñaron del poder, ni fueron Estados obreros los que se establecieron gracias a sus luchas. Fue la contrarrevolución stalinista la que se adueñó del poder, reduciendo estos países a la condición de vasallos del Kremlin, estrangulando las masas revolucionarias de trabajadores, sus luchas y sus aspira-

ciones revolucionarias. Al considerar que la burocracia stalinista ha establecido Estados obreros en esos países, ustedes le asignan un papel progresista e incluso revolucionario. Al propagar esta monstruosa contra-verdad ustedes niegan a la IV Internacional toda razón fundamental de existir como partido mundial de la revolución socialista. En el pasado hemos considerado siempre el stalinismo como una fuerza contra-revolucionaria, en todos los sentidos del término. Ustedes han dejado de hacerlo; pero yo sigo haciéndolo.

En 1932 y 1933, para justificar su vergonzosa capitulación ante el hitlerismo los stalinistas declararon que importaba poco que los fascistas llegaran al poder, porque el socialismo vendría después, y a través, del fascismo. Solamente brutos desprovistos de humanidad y de un átomo de pensamiento o de espíritu revolucionario podrían expresarse de tal modo. Actualmente, aparte de los fines revolucionarios que persiguen, ustedes pretenden que la despótica reacción staliniana que ha triunfado en Europa oriental es una de las vías por las cuales andando el tiempo llegará el socialismo. Este punto de vista constituye una ruptura irremediable con las convicciones profundas que nuestro movimiento ha defendido siempre y que yo sigo nutriendo.

Me es imposible seguirles en cuanto al régimen de Tito, en Yugoslavia. Toda la simpatía y todo el apoyo de los revolucionarios e incluso de todos los demócratas deben canalizarse hacia el pueblo yugoslavo en su determinación de resistir a los esfuerzos de Moscú por reducirlo, a él y a su país, a la servidumbre. Es necesario aprovechar las concesiones que el régimen yugoslavo tiene que hacer a su pueblo en este momento. Pero el caso es que toda la prensa de ustedes está consagrada, en el momento presente, a una inexcusable idealización de la burocracia titista, idealización para la que no hay bases ni en la tradición ni en los principios de nuestro movimiento. Esta burocracia no es más que una copia, bajo formas nuevas, de la vieja burocracia stalinista. Ha sido educada en las ideas, la política y la moral de la GUP. Su régimen no difiere del de Stalin en nada fundamental. Es absurdo creer o enseñar que la dirección revolucionaria del pueblo yugoslavo se desarrollará a partir de esta burocracia, o por otro camino que no sea el de una lucha contra ella.

Lo más insoportable es esa posición frente a la guerra con la que se han comprometido ustedes. La tercera guerra mundial que amenaza a la humanidad coloca al movimiento revolucionario ante los problemas más difíciles, las situaciones más complejas y las decisiones más graves. No podemos tomar posición sino después de haber celebrado debates muy serios y muy libres. Pero frente a los acontecimientos de los años recientes, ustedes siguen preconizando la defensa del Estado Stalinista y comprometiendo en esto al movimiento entero. Incluso hoy día ustedes persisten en apoyar los ejércitos del stalinismo en la guerra donde se está crucificando al pueblo coreano. No puedo ni quiero seguirlos en cuanto a esto.

En 1927, Trotsky, al responder a una pregunta desleal que Stalin le hizo en la Oficina Política, definió su posición de la manera siguiente: ¡Por la patria socialista, sí! ¡Por el régimen staliniano, no! Esto acaeció en 1927. Hoy, 27 años después, Stalin no ha dejado nada de la patria socialista, que ha sido reemplazada con el avasallamiento y la degradación del pueblo por obra de la autocracia stalinista. Este es el Estado que ustedes se proponen defender en caso de guerra y que ya defienden en Corea. Sé muy bien que ustedes afirman frecuentemente que critican y combaten el stalinismo. El hecho es que esa crítica y esa lucha pierden su valor y no pueden dar resultado porque están determinadas por su posición en defensa del Estado stalinista y subordinadas a éste. Quien quiera que defienda este régimen opresivo y bárbaro, abandona, independientemente de sus motivos, los principios del socialismo y del internacionalismo.

En el mensaje que me fue enviado por el último Congreso del Socialist Worker's Party, está escrito que las ideas de Trotsky siguen guiándoles a ustedes. Debo decir que he leído estas palabras con profunda amargura. Como habrán podido comprobar por lo que he escrito, yo no veo esas ideas en la política de ustedes. Yo tengo confianza en esas ideas. Estoy convencida de que la única salida a la situación actual es la revolución socialista, la autoemancipación del proletariado mundial.

Natalia Sedova Trotsky  
México, 9 de Mayo de 1951